

España y la teoría de la comunización: pasado y presente

Federico Corrientes

«[...] Por lo que yo recuerdo, la palabra en sí surgió entre 1972 y 1974 entre varias personas críticas con la Internacional situacionista, la Izquierda alemana e italiana, etc., pero inspiradas por ellas. Tal vez la primera persona en emplearla fuese Pierre Guillaume, el librero (y ex miembro de *Socialisme ou Barbarie*) de “La Vieille Taupe” (así se llamaba la librería). Desde luego, fue el primero en otorgar a este concepto su importancia. Tal vez el término lo acuñara Dominique Blanc, en aquel entonces principal animador del grupo *La Guerre Sociale*, y autor de un ensayo muy estimulante y pionero, *Un mundo sin dinero...* La lástima es que esta noción tan decisiva no fue realmente desarrollada por el pequeño medio en el que se originó, lo que quizá fuese un indicio de la debilidad del movimiento comunista (como movimiento social, no sólo de individuos como tú y yo). [...] De todos modos, nunca me he topado con otra cosa que hostilidad por parte de los herederos de la Izquierda germano-holandesa, de *ICO* y últimamente de *Échanges et Mouvement*. Supongo que su agresividad procede de una profunda incompreensión. Inspirarse tanto en Bordiga como en Pannekoek debe producirles a ellos la misma impresión que a mi madre el travestismo.» (Correspondencia entre partes del colectivo Riff-Raff y Gilles Dauvé (alias Jean Barrot) – *Riff-Raff*-# 7¹, marzo de 2004)

Preliminares: comunización y ultraizquierda

Quizá un artículo sobre el proceso de gestación de la teoría de la comunización a partir de sus orígenes en la crítica de la ultraizquierda y su recepción en España debiera comenzar con una referencia a uno o dos homólogos españoles de los grandes teóricos revolucionarios —los Luxemburgo, los Gorter, los Pannekoek y los Bordiga— que salieron a la palestra a raíz del ciclo mundial de luchas obreras revolucionarias que comenzó en 1917. Por desgracia, sin embargo, no se nos viene a la mente un solo nombre. En sí mismo este es un hecho de lo más llamativo, sobre todo teniendo en cuenta que en el santificado año 1917 España fue escenario de una huelga general revolucionaria y que según el libro de Guy Debord *La sociedad del espectáculo*, la revolución de 1936 supuestamente creó «el esbozo más avanzado de un poder proletario que jamás haya existido». De ser correcta dicha afirmación, sólo cabe preguntarse por la falta de impacto teórico de este levantamiento revolucionario en comparación con sus predecesores rusos, alemanes e italianos. No obstante la ingente bibliografía existente en torno a la «revolución española» —cuyos mejores títulos, significativamente, se deben en su práctica totalidad a autores extranjeros—, esta ausencia parece confirmar el viejo dictamen bordiguista

¹ <http://libcom.org/library/correspondence-between-parts-of-the-riff-raff-collective-and-gilles-dauve>

según el cual los acontecimientos españoles de 1936 hicieron poco más que corroborar en negativo las lecciones teóricas aprendidas muchos años antes por la Izquierda comunista en Alemania e Italia.

En lugar de atribuir este vacío teórico a una «miseria intelectual» hispana endémica, esta falta de envergadura conceptual tiene su explicación —al menos en parte— en el hecho de que todos los revolucionarios europeos antes mencionados tuvieron que lidiar con los desafíos que la transición capitalista entre subsunción formal y subsunción real² planteó al movimiento obrero internacional, cuya etapa decisiva no se alcanzó realmente en España hasta el «plan de estabilización» franquista de 1958³. (Esto también explicaría el hecho de que en Francia tampoco hubiera teóricos marxistas destacados antes de la década de 1950.)

A lo que sí contribuyó enormemente la «revolución española», en cambio, fue a consolidar la credibilidad ideológica de la oposición fascismo/antifascismo, el telón de fondo ideológico sobre el que se desarrolló la Segunda Guerra Mundial, que allanó mundialmente el camino a esa transición global bajo hegemonía estadounidense. De paso, al pregonar las virtudes de la democracia y la gestión «obreras», el «corto verano de la anarquía» también ofreció a la izquierda no estalinista la duradera imagen de una solución «antiautoritaria» al enigma de la abolición del capitalismo, que dio pie a la mitificación épica de la faceta «revolucionaria» de la Guerra Civil española como una de las cimas de la celebración acrítica del «lado invicto» que presuntamente acompañó a las luchas obreras del período 1917-1968.

Lejos de dar paso por fin a ese «lado invicto» (los consejos obreros, la democracia directa, la lucha contra la burocracia sindical) como piedra angular de una nueva oleada revolucionaria, mayo del 68 y los años inmediatamente posteriores resultaron ser el canto del cisne del movimiento obrero y de su eje principal, la afirmación del poder de la clase obrera. De hecho, una de las lecciones fundamentales de mayo del 68 fue que en lo sucesivo la revolución comunista iba a ser menos una cuestión de «poder obrero» que de subvertir y transformar de forma conjunta las esferas de la producción y de la vida cotidiana, lo que a su vez exigía ir más allá de las cuestiones de organización, gestión y toma de decisiones como el alfa y el omega de toda actividad revolucionaria. De forma lenta pero inexorable, la noción de lo que entrañaría la abolición del capitalismo comenzó a mutar de manera radical. El reconocimiento de que oponer al partido de vanguardia leninista por formas de organización ultrademocráticas y antiautoritarias no iba a la raíz del problema no fue sino un primer ajuste de cuentas, seguido inmediatamente por el rechazo a la necesidad de un «período de transición» tras la «conquista obrera del poder». Esa noción fue reemplazada por el concepto de comunización, es decir, la adopción inmediata de medidas comunistas con la finalidad simultánea de iniciar la abolición del proletariado y socavar las bases materiales de la contrarrevolución.

Al igual que había sucedido en otros puntos de inflexión en la historia del movimiento comunista, las innovaciones teóricas formuladas en la década de

² Para un relato detallado de la historia global de esta transición, *vid.* B. Astarian, *Eléments sur la périodisation du MPC: histoire du capital, histoire des crises, histoire du communisme*, Hic Salta, 1998, <http://patlotch.free.fr/text/1e9b5431-1140.html>

³ Para más información sobre esta transición en el contexto español, *vid.* el texto de Loren Goldner *Ubu Saved From Drowning: Worker's Insurgency and Statist Containment in Portugal and Spain, 1974-1977*, <http://bthp23.com/Portugal-Spain.pdf>.

1970 no fueron las meras fantasías de un puñado de reformadores del mundo, sino conclusiones extraídas de las nuevas características y formas adoptadas por la lucha de clases en esos años, tales como la propagación del sabotaje, el absentismo y otras formas de rechazo del trabajo, así como por la aparición de nuevas luchas que surgían fuera de los centros de trabajo, en el ámbito de la reproducción social, como los disturbios en los guetos, el movimiento feminista, las revueltas carcelarias, el ecologismo o el movimiento antinuclear. Todos estos movimientos podían considerarse como otros tanto rechazos de la centralidad del trabajo y de la identidad obrera como base de la revolución social, y aparecieron en el preciso momento en que la desvalorización global del capital estaba poniendo fin a la expansión mundial de la clase obrera productiva.

Como resultado, cada vez comenzó a hacerse más evidente que el antagonismo de clase era sólo una de las formas mediante las que el capital configuraba el acceso desigual al trabajo asalariado y los múltiples antagonismos que éste engendra, junto a otros factores como la raza, el género, la sexualidad o la nacionalidad. Al mismo tiempo, la crisis de la identidad obrera también fue el comienzo del fin de la falacia de que la característica que define a los proletarios y constituye lo único que realmente tienen en común —a saber, su mutua separación y atomización— podía ser superada por alguna forma de acción política. Éstos sólo podían acabar con esta separación, se argumentaba ahora, destruyendo activamente los fundamentos de su propia existencia como clase. Otra consecuencia del rechazo de la identidad obrera fue que las nociones de «conciencia de clase» y «organización revolucionaria» también fueron puestas en tela de juicio y atacadas en tanto instrumentos con los que los *rackets* políticos rentabilizaban lo que algunos denunciaban ahora como su «equivalente general» y moneda de cambio: el proletariado (como sujeto y como representación).

Pese a que no se limitó en modo alguno a las naciones capitalistas más avanzadas, la creciente revuelta contra el trabajo sin duda tuvo su expresión teórica más clara en países como Estados Unidos, Francia, Italia y el Reino Unido. Escritos pioneros, como el texto de 1973 *Lip et la contre-révolution autogestionnaire* del grupo *Négation*, (publicado en 1975 en Detroit por Black and Red), *Lordstown 72 ou Les déboires de la General Motors*, panfleto del año 1973 de *Les Amis de 4 Millions de Jeunes Travailleurs*, o el extenso folleto de 1978 *Refus du travail, faits et discussions*, de *Échanges et Mouvement* (editado en 1979 en el Reino Unido),—ninguno de los cuales, significativamente, se tradujo jamás al castellano— dieron cuenta tanto del «rechazo del trabajo» como de los seísmos de horror e incompreensión que desataba entre las filas de la ultraizquierda consejista «establecida».

Sin duda, habría mucho que aprender del estudio de las crisis que devastaron al medio ultraizquierdista francés a comienzos de la década de 1970, y que anticiparon en gran medida los sucesos —mucho más publicitados— que tuvieron lugar algunos años más tarde en Italia. El hecho de que se haya sabido y escrito tan poco acerca de este turbulento período no se debe desde luego a su falta de interés, sino más bien al interés de los herederos actuales del medio ultraizquierdista en evitar evocar una etapa molesta e incómoda de su historia. Si bien la crisis de la ultraizquierda hizo desaparecer para siempre a multitud de grupos, otros reagruparon sus fuerzas y evolucionaron hasta convertirse en grupúsculos neo-ortodoxos que combinaban los principios del bordiguismo con el legado del consejismo germano-holandés a la vez que se esforzaban por erradicar de sus filas la corrosiva influencia de la crítica situacionista del

militantismo y de la vida cotidiana, tachadas deprisa y corriendo de manifestaciones intelectuales de una «pequeña burguesía» contestataria⁴.

Los balbuceos iniciales de lo que podríamos denominar «teoría de la comunización originaria» comenzaron como una crítica de las limitaciones del consejismo y la autoorganización obrera en el seno de la red francesa *ICO* (*Informations et Correspondance Ouvrières*), nacida de una escisión de *Socialisme ou Barbarie* en 1958⁵. *ICO* agrupaba a militantes de fábrica de tendencias políticas diversas —anarquistas, marxistas y militantes no alineados— unidos por fuertes convicciones acerca de la lucha de clases y la hostilidad a elaborar una teoría coherente, ya que consideraban que ésta conducía inevitablemente a la dominación de «élites» intelectuales, es decir, «burocracias».

A todas luces, *ICO* desempeñó un papel más bien lamentable durante mayo del 68: en conformidad con sus principios fundamentales, se limitó a celebrar reuniones periódicas en el centro universitario Censier, donde se atuvo a su práctica habitual de hacer circular «informaciones» sin comprometerse en ninguna forma de acción colectiva o participar en la coordinación de los comités, so pretexto de que éstos sólo representaban a una minoría de trabajadores. En la práctica, y debido a su afán por mantener su «pureza» como grupo obrero antivanguardista, *ICO* terminó condenando lo que constituyó precisamente el aspecto más subversivo de mayo del 68: el establecimiento de contactos entre minorías de trabajadores radicales fuera de los lugares de trabajo, así como de vínculos con revolucionarios no obreros (A título anecdótico, no deja de ser interesante que el sindicato estalinista *CGT* esgrimiera este mismo argumento «obrerista» para denunciar las tentativas de los comités de contactar con los trabajadores en huelga de varias empresas).

Antes de eso, *ICO* había sido criticada en varias ocasiones, al principio de manera fraternal, y después con creciente severidad, por la Internacional Situacionista. En septiembre de 1969, René Riesel resumió como sigue esas críticas en el último número de la revista *Internationale Situationniste*:

En la actualidad existen organizaciones que simulan no serlo. Este hallazgo les permite evitar ocuparse de la más elemental clarificación de las bases a partir de las cuales reúnen a no importa quién (con la etiqueta mágica de «trabajador»); no rendir cuentas a sus semimembros de la dirección informal que ejercen algunos, decir cualquier cosa y, sobre todo, condenar indiscriminadamente cualquier otra organización posible y cualquier enunciado teórico, como maldito de antemano. [...] Si tuviéramos que depender idealistamente del «concepto» consejo o, lo que resulta aún más irrisorio, de la inactividad práctica de *ICO* para «excluir toda ideología» en los consejos reales, cabría esperar lo peor, pues hemos visto que la experiencia histórica no justifica optimismo alguno a ese respecto.

⁴ Los ultraizquierdistas más veteranos, más conscientes del peligro potencial que las críticas de los «comunizadores originarios» representaban para la existencia y la cohesión de su medio, se limitaron por lo general a librar una guerra de silencio y críticas moderadas contra ellos. No obstante, cuando los antiguos miembros de la librería *La Vielle Taupe* Pierre Guillaume y Dominique Blanc se comprometieron con el «affaire Faurisson» y el «negacionismo» en 1978, buena parte de la ultraizquierda (y de la prensa burguesa) se lanzó sobre la ocasión de vengar afrentas pasadas y meter a todo el medio comunizador en el mismo saco.

⁵ He aquí un breve extracto del balance un tanto críptico de Henri Simon de la historia post-1968 y de *ICO* y su desaparición: «[...] Después de 1968, el carácter de *ICO* había cambiado por completo. El grupo se había convertido más en una organización política que contaba quizás con varios cientos de participantes informales. Los trabajadores estaban en minoría y votaron con los pies, dado que los debates se estaban alejando mucho de sus luchas. Varias tendencias se enfrentaban por conducir a *ICO* hacia una orientación específica y tras cuatro años estalló en varios pedazos.» (1958-1998: *Communism in France: Socialisme ou Barbarie, ICO and Échanges* <https://libcom.org/library/communism-france-sob-ico-Échanges>)

A lo largo del período subsiguiente *ICO* fue sometida a una crítica constante e implacable, la mayoría de las veces por parte de individuos y grupos que se habían unido a la red tras mayo del 68 y que posteriormente la abandonaron⁶. La más conocida e incisiva de estas críticas fue el texto de Jean Barrot (Gilles Dauvé) del año 1969 —publicado en Bilbao por Zero-zyx en 1976 con el título *Leninismo y ultraizquierda*— « Sur l'idéologie ultra-gauche (Léninisme et ultra gauche) ». Tres años más tarde, en un artículo publicado en el primer número de la revista *Le Mouvement Communiste* (abril de 1972)⁷, Dauvé resumió los procedimientos empleados durante la reunión nacional de *ICO* de 1969 por la «dirección informal» del grupo para evitar debate alguno sobre el texto antes mencionado:

Pese a estar dirigido explícitamente contra *ICO*, en el transcurso de los debates este texto no fue criticado en ningún momento por los miembros de *ICO*. Dejaron en manos de un grupo de «anarquistas» (utilizamos este término a falta de otro mejor, y sin el matiz peyorativo habitual entre los marxistas) el cometido de atacarnos del modo más indescriptiblemente confuso. Si el leninismo no hubiera existido, habría habido que inventarlo entonces, ya que constituía el único elemento que unía de manera obvia a todos los allí reunidos. Las actas oficiales de la reunión reprodujeron posteriormente el texto, y ofrecían un resumen del debate como si este hubiera tenido lugar en realidad. Esta forma de esquivar la crítica es tanto más fácil dado que *ICO* pretende no ser un «grupo» dotado de «una teoría propia». Nada peor que la burocracia informal segregada por la democracia institucionalizada.

[...] Son varios los ejemplos que demuestran que *ICO* como un «buzón» es un mito, y lo mismo cabe decir de *ICO* como espacio de «debate». En *ICO* se puede debatir sobre cualquier cosa menos aquello que pondría en cuestión la naturaleza misma del grupo.

Con posterioridad, quizás para evitar ser equiparado con la legión de intelectuales «modernistas» que por aquellos años se complacían en la tarea narcisista de «revolucionar la teoría revolucionaria», Dauvé optó por no hacer excesivo hincapié en las innovaciones teóricas que rodearon a estas escisiones. Tal vez esto haya que achacarlo, como apunta él mismo, a la «debilidad del movimiento comunista», o a lo que viene a ser lo mismo, a saber, que el período mismo se caracterizó mucho más por la muerte de lo viejo que por el nacimiento de lo nuevo⁸. Gran parte de la actividad de Dauvé en esos años, por ejemplo, giró en torno al ajuste de cuentas con el pasado y a difundir el legado de la Izquierdas comunista italiana y germano-holandesa —en gran medida dadas a conocer gracias a *Invariance*, la publicación neo-bordiguista de Jacques Camatte— a fin de contribuir a la crítica de las limitaciones prácticas con las que

⁶ El libro de Francesco Santini, *Apocalipsis y supervivencia*, explica cómo llegaron hasta Italia algunas de estas críticas: «En el primer número de *Ludd* aparecieron las actas de la reunión organizada en Bruselas por *Informations et Correspondance Ouvrières* en julio del 69, en la que participaron elementos de casi todas las corrientes consejistas. Se incluyeron ahí los textos de los grupos "inmediatistas", que centraban su práctica en formas de realización inmediata de la crítica de la vida cotidiana (ilegalismo, rechazo inmediato de trabajo, hedonismo) y que en Bruselas habían criticado duramente a los demás grupos.» (<https://libcom.org/library/sections-8-102>)

⁷ « Ce que nous ne sommes pas, ce que nous ne voulons pas, et ou nous ne voulons devenir » <http://archivesautonomies.org/spip.php?article573>.

⁸ Cabría contrastar la falta de triunfalismo de Dauvé en esos años con muchos de los balances «situacionistas ortodoxos» de las luchas de la década de 1970, así como con el vago tono expectante con respecto al nuevo mundo feliz de la «autonomía» contenido en un texto por lo demás sintomático y en ocasiones estimulante, «Nuevo Movimiento» de Henri Simon (1974): «Si se mira el mundo de hoy, se puede decir que las revoluciones en el sentido jacobino, quedan cada vez más en último plano, pero que el proceso revolucionario en sí mismo es cada vez más poderoso.»

toparon los elementos revolucionarios inmediatamente después de mayo del 68. Quizá esto también explique, por cierto, que los escritos de Dauvé circularan de manera relativamente amplia (y que fuesen traducidos) por grupos e individuos cuyos antecedentes, modos de pensar y actividades están mucho más próximos a las perspectivas de la vieja ultraizquierda (o del anarquismo) que a las de representantes contemporáneos de la «teoría de la comunización» como *Théorie Communiste* y *Endnotes*. En cualquier caso, en aquel entonces y durante mucho tiempo después, apenas parece que hubiera conciencia alguna de la profundidad de la ruptura que se había producido.

Entretanto, *ICO* llegaba al final de su andadura en 1973, y en 1974-75, a partir de sus fragmentos supervivientes y algunos de sus contactos internacionales, surgió *Échanges et Mouvement*. Ahora bien, más allá de la insistencia general en la «autonomía» como rasgo distintivo que separaba al «Nuevo Movimiento» del «Viejo» —lo que no dejaba de ser una buena manera de cubrirse las espaldas y evitar pronunciarse de forma concluyente en una época en que la centralidad de la identidad obrera era impugnada sin cesar por nuevos movimientos sociales— no parece que la transición de *ICO* a *Échanges* estuviera acompañada por una renovación teórica sustancial:

Échanges no es un grupo en el sentido político tradicional con que se emplea esta palabra en el medio izquierdista. La forma más precisa de definir a *Échanges* sería llamarlo una «red». [...]

Los contactos entre estos grupos e individuos ya existían antes, y en la mayoría de los casos desde hacía mucho tiempo. Había bastantes más individuos que estaban en contacto con este núcleo repartidos por todo el mundo occidental, y el vínculo entre ellos no eran sólo las publicaciones o el intercambio de correspondencia del grupo, sino también reuniones internacionales. [...]

Quienes participaban en este proyecto decidieron no molestarse en clarificar los puntos de vista que compartían (cosa que suele acompañar al nacimiento de un nuevo grupo), sino aceptar el acuerdo tácito existente. [...]

Tenemos pocas nociones preconcebidas y fijas que limiten nuestra recopilación de informaciones o de análisis relativos al significado de los conflictos de clase actuales o las formas que estos conflictos adoptarán en el futuro. Lo que importa no es lo que piensen los trabajadores —ni siquiera acerca de sus propias luchas— sino lo que realmente hacen y el significado real de esa actividad. Creemos que tenemos que aprender de estas luchas y tener en cuenta sus vínculos con el movimiento general de luchas y con la situación del capitalismo en su conjunto. Por consiguiente, despreciamos el recurso a los faroles, a la retórica hueca o a proclamaciones autocomplacientes y ofertas de «consejos» o «lecciones» a los trabajadores. Consideramos esta actitud como una concepción elitista que aspira a utilizar y dominar las luchas obreras. (*¿Qué es Échanges et Mouvement como grupo?*)

Con todo, las crisis de *ICO* y la posterior fundación de *Échanges* merecen ser examinadas, ya que ambos grupos se vieron profundamente afectados por las crisis que engendraron la teoría de la comunización, y también porque fueron pioneros del «enfoque organizativo» preferido por la mayoría de militantes y activistas contemporáneos: la «autonomía». Este término, cuyo significado ha evolucionado considerablemente con el tiempo, aludía en un principio, a la autonomía de los trabajadores de los partidos políticos y los sindicatos; después pasó a designar la autonomía de diferentes fracciones del proletariado —como las mujeres y las minorías étnicas— de la «clase obrera» en su conjunto, y finalmente ha terminado por referirse a agrupaciones militantes organizadas de manera horizontal que se consagran a proyectos «autónomos»

que tienen escasa o nula relación con los sectores de población no activistas, y que emplazan a sus pares a coordinarse democráticamente entre sí para hacer converger esferas de actividad (y de activismo) separadas.

En un artículo reciente, Dauvé hace unas cuantas observaciones pertinentes sobre la relevancia de este enfoque en los tiempos que corren, en los que la construcción de partidos ha sido reemplazada por la «concienciación», y en los que la mayoría de activistas ha dejado de centrar sus esfuerzos en reclutar y dirigir a otros, pero no por ello han dejado de creer que, en tanto depositarios de la *conciencia*, tienen la misión especial de *informar*:

[...] *Informations et Correspondance Ouvrières* (1961-1973), y ahora *Échanges et Mouvement*, decían no tener alguna teoría salvo la de que sólo los proletarios podían determinar sus propios métodos y objetivos. Del mismo modo, miles de infokioskos y de colectivos indymedia dicen no tener ninguna doctrina específica (marxista, anarquista, ecologista, feminista o lo que sea), y proclaman que su única finalidad es servir de lugares de encuentro y centros de comunicaciones destinados a promover las luchas sociales, con la diferencia de que el «sujeto histórico» ya no es la clase obrera, sino el pueblo (el famoso 99%). Actúan como si la «condena a la inexistencia» de *ICO* (IS, # 11) se hubiera invertido en la condena a la presencia on-line veinticuatro horas al día y siete días a la semana. Aún así, la información sigue siendo la prioridad principal, y demasiado a menudo presenta rasgos similares a la de los medios de comunicación «burgueses»: flujo constante de datos, sobrecarga informativa, así como obsolescencia y sensacionalismo... (“The bitter victory of council communism”, <http://libcom.org/library/bitter-victory-council-communism-gilles-dauve>)

Como nota final, señalemos que el libro *Nihilist Communism*⁹, cuyos autores firman con el pseudónimo de Monsieur Dupont, establece una continuidad general de estas políticas organizativas y teóricas con las prácticas de la política democrática y del «izquierdismo de siempre» y subraya que el enfoque de *Échanges* no sólo es “modesto”, sino también muy conveniente para mantener relaciones de buena vecindad con el medio revolucionario «establecido»:

[...] *Échanges* dice que su «actividad... podría acabar siendo de utilidad para otros», pero no investiga realmente a fondo lo que eso significa. Una de las razones por las que *Échanges* no parece investigar este aspecto de su actividad podría ser que lo que de verdad tendrían que hacer, de acuerdo con su propia lógica, sería ir en contra de la mayor parte del medio «revolucionario» comunista y anarquista. La diferencia entre *Échanges* y el resto del medio comunista gira en torno al concepto de «conciencia», que *Échanges* rechaza casi por completo. Llevar la lógica de su posición al ruedo del medio comunista como argumento explícito supondría el riesgo de ser totalmente rechazados por éste. [...] Seguir semejante rumbo teórico lleva a darse cuenta de que en un aspecto importante la diferencia real entre los proyectos del anarquismo y los de la mayor parte del comunismo y su presunto enemigo mortal, el leninismo, es escasa. Si uno llega a esa conclusión entonces perderá a la mayor parte de los «amigos» que tenga en el medio político. Eso es algo que *Échanges* parece haber tratado de evitar, y en efecto, gracias a eso han logrado conservar cierto respeto entre el medio comunista a lo largo de los años.

⁹ <https://libcom.org/library/nihilist-communism-monsieur-dupont>.

Entre la *Internacional Situacionista* y *La Vielle Taupe*: el MIL

Dado que la oleada huelguística española de finales de la década de 1960 y principios de los 70 fue contemporánea del ciclo de luchas que dio origen a la teoría de la comunización, es lógico suponer que hubo al menos cierto grado de contacto entre los revolucionarios españoles de la época y los pioneros de la teoría comunizadora. El interlocutor hispano de esa comunicación no fueron otros que el *Movimiento Ibérico de Liberación*, el grupo de «agitación armada» conocido sobre todo por la ejecución de uno de sus miembros, Salvador Puig Antich, por el Estado español en 1974. Sin embargo, la historia y las actividades del MIL presentan gran interés en sí mismas, ya que expresan las debilidades y contradicciones más generales del movimiento obrero autónomo que a finales de la década de 1970 estaba rompiendo con las organizaciones de la izquierda española.

Los miembros del MIL eligieron deliberadamente el término «agitación armada» para desvincularse de la noción de que constituían una especie de «vanguardia armada» y demostrar así que no pretendían dirigir la revolución futura y que la finalidad de los atracos que realizaban se ceñía a la financiación de actividades destinadas a apoyar las luchas obreras en el área de Barcelona. Ahora bien, no se puede negar que —a despecho de lo que el propio grupo pensaba— el MIL tenía una concepción claramente vanguardista de su papel, ya que esperaban que «núcleos armados» como el suyo proliferasen dentro del movimiento obrero y «acelerasen» la lucha de clases. En efecto, mientras que los grupos leninistas intentaban introducir la «política» en las llamadas luchas «económicas», el MIL aspiraba a «radicalizar» tales luchas mediante su ejemplo y la aportación de fondos expropiados.

Con el tiempo, la contradicción entre el proyecto iniciado en 1969 y la realidad de aquello en lo que se había convertido el MIL —a saber, un grupo de revolucionarios profesionales especializados— fue criticada desde sus propias filas, y en agosto de 1973 el grupo anunció su disolución en un documento público en el que proclamaba, entre otras cosas, que: «[...] la organización, la política, el militantismo, el moralismo, los mártires, las siglas, nuestra propia etiqueta, han pasado al Viejo Mundo». Lamentablemente, sin embargo, los propios autores de este documento consideraron la disolución del grupo menos como una autocrítica de su práctica anterior que como una forma de evitar que éste fuera «recuperado» en calidad de *vedette* colectiva: en efecto, en lugar de deducir del balance realizado que los núcleos permanentes especializadas en la violencia eran superfluos, concluyeron que en adelante tales núcleos habrían de actuar «de forma autónoma», es decir, de manera informal, difusa y descentralizada.

Con todo, y a pesar de su perspectiva teórica «situacionista» general y sus ilusiones acerca de la «agitación armada», el MIL estuvo claramente influenciado por los precursores de la teoría de la comunización contemporánea, como pone de manifiesto la correspondencia entre el grupo y los miembros de la librería *La Vielle Taupe* de París. Como sostiene Sergi Rosés Cordovilla en «Un Esbozo de la historia del MIL»:

[...] es innegable que las inspiraciones teóricas del MIL se encontraban aquí [*en el comunismo consejista, en el bordiguismo y el situacionismo*], y no en el anarquismo, como tanto se ha repetido y se continúa repitiendo. En este devenir teórico del grupo, en el que el personaje clave es Santi Soler, aparece uno de los

factores importantes pero a la vez más ignorados en la historia de esta experiencia: el papel de clarificación y orientación teórica que tuvieron respecto al *MIL* los miembros del grupo informal que se reunía en la librería *La Vieille Taupe*, en París. Esta librería no fue sólo la fuente más importante de donde provenían los textos teóricos que influenciaron al *MIL*, sino que sus miembros, especialmente Pierre Guillaume y sobre todo Jean Barrot, se convirtieron en los principales interlocutores con quienes se discutían estos textos y la situación política general. Barrot estableció una notable relación con Santi Soler y fue una influencia constante en las cuestiones teóricas, incluso jugando un papel durante la autodisolución del grupo en 1973¹⁰. (<http://old.kaosenlared.net/noticia/un-esbozo-de-historia-del-mil>)

Habida cuenta de esto, resulta francamente sorprendente que en el ya nutrido corpus de obras existentes sobre la historia del *MIL*, nadie parezca haber señalado hasta la fecha que una de las frases más frecuentemente citadas del grupo —«la organización es la organización de tareas»— apareció por primera vez en la revista *Le Mouvement Communiste* de abril de 1972, en el mismo artículo en el que Dauvé criticaba a *ICO*, el fetichismo organizativo, la democracia obrera y la competencia política entre revolucionarios como una expresión más de la realidad dominante. Es más, Rosés Cordovilla —sin duda el historiador del *MIL* más serio y concienzudo— no sólo atribuye erróneamente dicha frase a Santi Soler, sino que agrava la confusión al contraponer la «influencia bordiguista» de su verdadero autor, Dauvé —presuntamente expresada en el hecho de que este continuase «utilizando el término “partido”»— a las concepciones organizativas de Soler¹¹.

Desde luego, ninguno de los otros grupos autónomos entonces existentes en España o activos en los años inmediatamente posteriores puso jamás en tela de juicio los conceptos de organización revolucionaria o de conciencia de clase; ahora bien, también es cierto que —a diferencia de los grupos francés e italiano *Négation* y *Ludd*, por ejemplo— el *MIL* nunca proclamó explícitamente «el fin del movimiento obrero», perspectiva que habría parecido un tanto prematura en una España en pleno apogeo del movimiento asambleario, y en la que por aquel entonces las luchas radicales fuera de los centros de trabajo seguían siendo una rareza.

En vista de esto, resulta tentador contrastar las perspectivas y actividades «aceleracionistas» (sic) del *MIL* con el rumbo que tomaron los acontecimientos en otras partes, sobre todo en Italia, donde, a medida que el ímpetu subversivo en las fábricas comenzaba a debilitarse, muchos revolucionarios comenzaron a dar prioridad a las luchas que se desarrollaban en el ámbito de la reproducción social, a distanciarse progresivamente de la clase obrera industrial y a adoptar una perspectiva «inmediatista» orientada a «vivir el comunismo» aquí y ahora. Esto llevó a algunas de estas agrupaciones a teorizar las prácticas ilegalistas como la forma más coherente de rechazo del trabajo (en contraste con la perspectiva del *MIL*, que justificaba tales prácticas en nombre del «apoyo» a las luchas obreras y de acelerar la llegada de la revolución). Paradójicamente, en el contexto italiano la crítica situacionista del «sacrificio» desembocó en la sustitución de la moral militante por la exigencia abstracta de una «radicalidad» creciente en el marco de una ideología cada vez más individualista de la

¹⁰ Dauvé resumió la actitud de los medios comunistas franceses con respecto al *MIL* en su texto « Violence et solidarité révolutionnaires » (<http://archivesautonomies.org/spip.php?article591>). Existe una traducción al castellano disponible en el volumen *El 1000 y la OLLA: agitación armada, formación teórica y movimiento obrero en la España salvaje*, Editorial Klinamen, Madrid 2014.

¹¹ Sergi Rosés Cordovilla, *El MIL: una historia política*, Alikornio Ediciones, Barcelona 2002, p. 232.

«autonomía». En consecuencia, las tareas de transformación social —hasta entonces subordinadas al éxito del proceso revolucionario en su conjunto— pasaron a depender ahora de la «capacidad» del individuo para criticar la vida cotidiana y del grado en que éste o ésta había «roto» con «la forma de vida dominante». A medida que las perspectivas revolucionarias fueron esfumándose, este punto de vista derivó hacia una perspectiva sectaria caracterizada por la hostilidad hacia la clase obrera —ahora considerada como «contrarrevolucionaria»—, la defensa de la delincuencia como único modo respetable de supervivencia y el sometimiento de nuevos miembros a ritos de iniciación y «exámenes de radicalidad».

En España, por el contrario, la «transición a la democracia» emprendida en 1976 (es decir, la estabilización del capitalismo con el apoyo de las principales organizaciones políticas y sindicales de izquierda) cortó de raíz cualquier convergencia potencial entre los conflictos industriales y las incipientes luchas que comenzaban a darse en el ámbito de la reproducción y la «crítica de la vida cotidiana». De ahí que éstas últimas, en lugar de prolongar una ofensiva obrera ya en vías de contención, adquirieron una marcada impronta de repliegue defensivo ante la inhóspita realidad impuesta por la estabilización política y la crisis económica. De ahí que la explosión contracultural estrechamente asociada a publicaciones libertarias como *Ajoblanco*, *Star* o *Bicicleta* se fusionara rápidamente con los fenómenos del desencanto y el pasotismo: una mezcla de indiferencia, animadversión y cinismo hacia las nuevas instituciones y la posibilidad de cambiar el mundo, unida a una voluntad subjetiva de rehuir el trabajo cuanto fuera posible.

A medida que la «transición a la democracia» avanzaba, gran parte de aquellos que habían protagonizado el movimiento obrero autónomo de la década de 1970 —entre ellos algunos antiguos miembros del *MIL*— optaron por participar «críticamente» en la refundación de la *CNT*, estratagema de autodefensa colectiva con la que de algún modo esperaban ahorrarse el precio de una derrota histórica. Por sí solo, este episodio dice mucho acerca de las ilusiones y las limitaciones del movimiento autónomo español de la década de 1970¹². El resultado fue un fiasco catastrófico, y para 1979 la mayoría de estos individuos y grupos habían abandonado la organización o habían sido expulsados de sus filas.

El *MIL* no tuvo continuidad, pero parte de su plan para una «biblioteca socialista» fue heredado por el proyecto *Etcétera* y acabó publicándose bajo el título «Crítica de la Política». De hecho, según Sergi Rosés, a mediados de la década de 1970, el ex teórico del *MIL* Santi Soler fue uno de los fundadores de *Etcétera*. La influencia de los precursores de la teoría de la comunización contemporánea era evidente tanto en los títulos elegidos como en las breves introducciones teóricas con los que algunos de estos textos fueron prologados (entre ellos, *Un mundo sin dinero 1 y 2*, las *Glosas críticas marginales sobre el artículo «el rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano»* de Marx —que había sido traducido al francés por Jacques Camatte y publicado en la primera serie de *Invariance*—, así como un par de artículos de Bordiga bajo el título *La ilusión democrática*).

¹² Sobre la resurrección de la *CNT* y sus resultados, *vid.* «Algunos aspectos ideológicos de la actualidad española» en *Internacional Nexialista #1* (La Banda de Moebius, Madrid, 1977), así como *Los incontrolados, crónicas de la España salvaje 1976-1981*, http://www.editorialklinamen.net/wpcontent/uploads/2012/10/klinamen_Incontrolados.pdf.

Una buena muestra de dicha influencia es la que aparece en la advertencia que contiene la introducción al folleto de *Etcétera* de 1979, *Apuntes sobre la autonomía obrera*, una colección de textos sobre la cuestión de la «autonomía» tan en boga en aquellos momentos, que incluía una traducción de «Nuevo Movimiento» de Henri Simon, así como un texto del grupo *Collegamenti* sobre el movimiento italiano de 1977:

Si estuviéramos atentos al período de creciente desencanto entre las militancias que vemos a nuestro alrededor y a su significado profundo, comprenderíamos que el fenómeno que se abre ante nuestros ojos es justamente el inverso de una ALTERNATIVA. La AUTONOMÍA no es tanto el paso previo cuanto el resultado que, a no tardar, habrán de plantearse cuantos aún hoy se empeñan en seguir la senda de la política, aunque sea de la política autónoma, de la política libertaria.

Sin embargo, desde su creación, el grupo barcelonés que en 1983 comenzó a publicar el boletín titulado *Etcétera* —pese a algunas afinidades iniciales con *La Guerre Sociale*— abrazó una amalgama teórica ecléctica que combinaba la perspectiva general de la vieja ultraizquierda consejista (en buena parte ya convertida al evangelio de la «autonomía») con los puntos de vista anti-tecnológicos de publicaciones como *The Fifth Estate* y *Radical Science*¹³. De ahí que no exista continuidad alguna entre la serie «Crítica de la Política» publicada por el grupo *Etcétera* y las reflexiones contenidas en el boletín del mismo nombre, que más allá de la adhesión general a una genérica perspectiva «autónoma» y salvo indicación expresa de lo contrario, han de considerarse —al igual que las que aparecen en *Échanges et Mouvement*— estrictamente como opiniones individuales.

La última muestra importante de la influencia de la teoría comunizadora temprana durante casi dos décadas coincidió con la aparición de *Marxismo: señas de identidad*¹⁴, un breve librito escrito en 1980 por el ex teórico del MIL Santi Soler. Redactado en un estilo ágil y accesible, y abiertamente presentado como un intento de hacer el balance de la derrota de la generación de los años sesenta, el libro pretendía reivindicar al mismo tiempo el «valor de uso» de la teoría marxista desde una perspectiva libertaria. En él, además de introducir al lector a Bordiga y a los situacionistas, Soler intercala entre sus comentarios frecuentes citas de Dauvé, así como referencias a Camatte y el proyecto *Etcétera*. Al hablar de la teoría de la conciencia separada como coartada para la justificación del poder de los *rackets* políticos, Soler dice:

Pero hay formas más sutiles de establecer saberes separados, formas aparentemente «no-ideológicas». [...] Si el tema de la conciencia de clase no se refiere a una actividad práctica, a la vida real de la clase obrera, si implica una especie de intelectualismo o saber separado, tanto da que el disfraz con que se cubra sea Lukács como Lenin. [...]

Debajo del joven Lukács se esconde precisamente la pesadilla bolchevique-leninista, debajo de la conciencia como teoría separada lo que de verdad hay es el poder separado o por lo menos su justificación última. [...]

Lo que se oculta, pues, detrás de todos esos pretextos —«teoría socialista», «conciencia de clase», «autonomía obrera», «organización en consejos», etc.— no tiene nada que ver con la autorrealización del proletariado: ésta pasa indefectiblemente por su autosupresión.

¹³ Vid. entrevista de radio con el miembro de *Etcétera* Carlos García Velasco en <http://glayiu.org/audio-analisis-revista-etcetera.html>.

¹⁴ Ediciones Libertarias (Colección La Comuna), Madrid 1980.

[...] No hay pretexto que valga para hacernos admitir otra noción organizacional que no sea la mera y simple «organización de tareas». Ni militancias, ni siglas ni, por supuesto, mártires o mitos [...] *La organización es la organización de tareas*: así de sencillo.

Con posterioridad, en España no se publicaría nada en relación con Dauvé y Cía. durante casi veinte años, hasta que la Editorial Klinamen, surgida en 2003 del medio anarquista madrileño de la época, comenzó a redescubrir y publicar textos sobre los movimientos proletarios de la década de 1970.

El momento actual: tras el 15-M y los «indignados»

Una de las principales repercusiones que ha tenido el movimiento 15-M ha sido que tanto la cuestión de las limitaciones de la autoorganización como la de los límites de la política vuelven a plantearse de nuevo, si bien en condiciones radicalmente distintas. Las nuevas formas de protesta que saltaron a la palestra en mayo de 2011 representan una primera respuesta masiva a la reestructuración capitalista iniciada en la década de 1980, que ha ido desplazando paulatinamente el eje de las luchas sociales del ámbito de la producción a la esfera de la reproducción social (basta con pensar, por ejemplo, en todas las repercusiones que ha tenido la entrada masiva de las mujeres en el mercado laboral) y que en última instancia está en el origen de la actual crisis política¹⁵. Pese a que aparentemente carezcan del dinamismo históricamente asociado a las luchas obreras y sigan siendo de naturaleza interclasista y política, estas luchas han involucrado a una masa cada vez mayor de población excedente, de parados, y de empleados en precario.

Esta proliferación de movimientos autoorganizados que denunciaban la política realmente existente en nombre de la demanda generalizada de reformas políticas y económicas, surgió apenas unos meses antes de que un Estado tutelado enmendase la Constitución española para adoptar políticas fiscales, monetarias y sociales destinadas a cumplir con los requisitos de déficit y deuda de la Unión Europea, y cerrar el paso, por tanto, a la menor veleidad de vuelta atrás. De hecho, y a todos los efectos, la actual crisis política fue precipitada desde arriba por la clase dominante con el fin de acelerar la aplicación de políticas «neoliberales». En consecuencia, los proyectos de «reforma política» que ahora compiten por el poder en España están atados de pies y manos por adelantado, por lo que en el futuro inmediato resultará muy esclarecedor constatar qué papel real se van a labrar para sí mismos sus protagonistas.

De forma simultánea, el movimiento 15-M y sus beneficiarios han permitido ver de manera cada vez más nítida que la autoorganización y la autonomía ya no constituyen una perspectiva revolucionaria, sino los límites con los que el proletariado se va a topar una y otra vez a medida que la crisis avance y tenga que luchar por su reproducción. A su vez y de un modo indirecto, constituyen la demostración palmaria de que el grueso de las categorías del discurso radical heredadas de los años sesenta desempeña en la actualidad el papel de una distracción inocua, que en la práctica no apunta más allá del marco político del democratismo radical y de la sociedad establecida.

¹⁵ Sería muy aconsejable no perder de vista que los métodos y formas de actuación del movimiento 15-M no salieron de la nada, así como tener presente la gran semejanza que presentan con los de los activistas autónomos del ala radical del movimiento «No a la guerra», que desempeñaron un importante papel en la expulsión del gobierno del PP del poder tras los atentados de marzo de 2004 en Madrid.

Un ejemplo que viene al caso fue la reivindicación de «democracia real», a la que la minoría radical del movimiento 15-M opuso el lema «todo el poder a las asambleas». Si esta oposición expresó en cierto modo el impasse entre los sectores «reformista» y «radical» del movimiento en torno al intento de afirmar una identidad común (polarizada entre la «ciudadanía» y una «clase obrera» mistificada), lo cierto es que lo hizo sólo al precio de enmascarar su profunda unidad subyacente. En efecto, si algo puso de manifiesto la dinámica del movimiento de las plazas ocupadas y sus secuelas, fue el carácter cada vez más vacío de dicha alternativa, ya que una identidad constituyente, organizada en torno a la clase obrera o no, había dejado de ser una posibilidad real. Por tanto, la ilusión de generalidad que alimenta el activismo —sea bajo la forma del mito de la autoorganización política generalizada o la de una pluralidad de luchas específicas que superan poco a poco su separación y convergen hacia una unidad política— está abocada a la quiebra y terminará haciendo implosión junto con el propio activismo.

De hecho, «todo el poder a las asambleas» ya se ha convertido en la consigna común, no de unos pocos obreristas nostálgicos, sino de todas aquellas fuerzas que aspiran a perpetuar la política en todas las esferas de la vida y transformar la totalidad de la existencia social en un «problema de gestión». No existe ninguna razón fundamental por la que este punto de vista «radical» y las perspectivas de quienes se han congregado en torno a *Podemos*, pongamos por caso, hayan de estar reñidas a perpetuidad. Lo que les une es la búsqueda común de soluciones a la crisis actual bajo la forma de un «poder popular», con independencia de que el instrumento de ese poder sea un Estado nacional democráticamente «reformado» o una democracia directa «pura» desde abajo, combinación que por cierto no es precisamente inédita.

En el íterin que separa el 15-M del momento actual, las luchas sociales que se han desarrollado en el Estado español han dado modestos pero importantes pasos adelante. Las Marchas de la Dignidad que llegaron a Madrid en marzo de 2013, por ejemplo, fueron el marco de un vuelco en la tónica imperante desde hacía largo tiempo entre manifestaciones masivas y disturbios callejeros. Una de las principales manzanas de la discordia que había lastrado al movimiento 15-M, a saber, el celo con el que el sector mayoritario del movimiento asumió la tarea de identificar y entregar a la policía a individuos presuntamente «violentos», llegó entonces a término.

Algún tiempo después, en enero de 2014, los disturbios de Gamonal —que surgieron a raíz de la oposición de un barrio de clase trabajadora a los costes municipales de reurbanización de la principal avenida de la zona mientras el gasto social caía en picado— suscitaron manifestaciones de solidaridad en todo el país, y marcaron un punto de inflexión cuando jóvenes de clase obrera, pobres urbanos y ciudadanos de a pie salieron a la calle en más de treinta ciudades. En Madrid se produjeron enfrentamientos con la policía durante dos noches consecutivas, mientras que en Barcelona se desplegaron por primera vez «cañones de sonido» a fin de dispersar a los miles de manifestantes que el 17 de enero marcharon por el centro de la ciudad levantando barricadas, rompiendo lunas de los bancos y atacando una comisaría de policía.

Apenas unos meses más tarde, hacia el final de mayo, en Barcelona estallaron graves disturbios cuando se desalojó el centro social ocupado de Can Vies, situado en el histórico barrio de Sants. A lo largo de los seis días y noches siguientes, miles y miles de residentes locales, jóvenes y ancianos, trabajadores y desempleados, se lanzaron a las calles. Antes de que hubiera llegado la noche

del viernes, se habían producido protestas en más de cuarenta barrios y pueblos diferentes, además de disturbios en Gracia, Sant Andreu, Nou Barris y otros barrios.

Tampoco en esta ocasión, a diferencia de lo que tantas veces había sido el caso en años anteriores, se emitió ninguna condena de la «violencia», ni se estableció distinción alguna entre formas de protesta «buenas» y «malas». La única línea que se trazó fue la que separaba la violencia institucional de quienes estaban decididos a resistirse a ella.

Tanto los movimientos de masas como los disturbios que estallan ahora son dos aspectos de la misma crisis de la reproducción social. Las «manifestaciones pacíficas» desembocan en disturbios porque las luchas por reivindicaciones inmediatas topan constantemente con la acción represiva de la policía, que en la actualidad se ha convertido en un momento fundamental de la reproducción de las relaciones de clase, como deja en claro la Ley de Seguridad Ciudadana aprobada por el gobierno en noviembre de 2013¹⁶. Entretanto, los salarios reales han disminuido sustancialmente, la pobreza y la desnutrición van en aumento y cientos de miles de personas que no pueden mantenerse al día de los pagos de la hipoteca han sido desahuciadas. Así pues, en la coyuntura actual confluyen el agravamiento de los males económicos de la mayoría social, una desconfianza exacerbada hacia una clase política cuya participación en nuevos escándalos de corrupción se descubre cada día, la puesta en tela de juicio de la práctica totalidad de las instituciones, y una población cada vez más exasperada y levantisca.

Lo que durante algún tiempo se echó en falta en este panorama fueron precisamente las luchas en los centros de trabajo. Sin embargo, a lo largo de los últimos dos años los trabajadores de multitud de sectores diferentes —a pesar de que las luchas permanecen localizadas y suelen ser de naturaleza defensiva— se han ido declarando en huelga cada vez más, y algunas de dichas huelgas han tenido un éxito considerable, lo que también representa una inversión de la tendencia predominante desde hace muchos años. En Madrid la «Marea Blanca» organizada para oponerse a los recortes y privatizaciones en la sanidad se anotó una victoria espectacular, después de que sus huelgas y protestas obligaran a los tribunales a intervenir para evitar la privatización de seis hospitales. Ahora bien, eso no significa que las luchas obreras estén convergiendo con los «movimientos sociales», lo que pone de relieve uno de los principales escollos de la situación actual, a saber, que las luchas en el ámbito de la reproducción social siguen estando separadas de las que se dan en la esfera laboral. Y sólo un salto cualitativo permitirá ir más allá de las luchas reivindicativas en ambas esferas y poner sobre el tapete la cuestión de la propia reproducción de las relaciones de clase.

Como dice *Théorie Communiste*:

La superación de la autoorganización realmente existente no se obtendrá mediante la producción de la autoorganización «verdadera», «correcta» o «buena»;

¹⁶ En lo sucesivo es ilegal participar en una manifestación ante las instituciones del Estado sin notificar previamente a la oficina gubernamental correspondiente. Hacer circular imágenes de disturbios producidos en el transcurso de manifestaciones también constituye una infracción sancionable con una multa de seiscientos mil euros. La convocatoria de manifestaciones a través de Internet, las redes sociales, u otros medios cualesquiera también es susceptible de sanción.

se logrará contra la autoorganización realmente existente, pero dentro de ella, a partir de ella¹⁷.

En otras palabras, mientras la confrontación de clase no desemboque positivamente en la comunización de la sociedad —es decir, en la apropiación de los medios de subsistencia, comunicación y transporte con el objetivo simultáneo de atacar al capital y abolir al proletariado— la autoorganización y las luchas defensivas seguirán siendo la única forma de acción posible. Ahora bien, el salto cualitativo entre una situación y la otra no estará precedido por una unificación política del proletariado, sino por la proliferación de rupturas en el marco de las luchas existentes y enfrentamientos conflictivos entre prácticas diferentes, como las que puedan surgir, por ejemplo, en torno a cuestiones de género. Para poder unirse realmente y relacionarse entre sí como individuos, los proletarios tendrán que abolir concretamente su separación, superando prácticamente todos los términos de la relación de clase capitalista.

Señalemos, por último, que analizar teóricamente el «movimiento real que suprime las condiciones existentes» no permite necesariamente anticiparse a él, y que la difusión de ideas, por geniales que éstas puedan parecer, no puede engendrar una revolución ni tampoco acelerar su llegada. La teoría sólo puede ser un momento necesario del carácter autocrítico de luchas realmente existentes, por lo que participa de la naturaleza contradictoria de éstas. Asumir el carácter incompleto de la teoría comunizadora, por tanto, lejos de invalidarla, es lo que le permite adecuarse a aquello que describe. En consecuencia, difundir el concepto de la comunización poco o nada tiene que ver con revelar al «movimiento real» lo que «realmente» es, no digamos ya con la quijotesca empresa de intentar «elevar el nivel de conciencia». Eso no significa, sin embargo, que la posibilidad de ir más allá de la sociedad existente sea ajena ni al estrechamiento de relaciones entre unas luchas sociales cada vez más autocríticas y la concreción cada vez mayor de la teoría revolucionaria.

¹⁷ « *L'auto-organisation est le premier acte de la révolution, la suite s'effectue contre elle* » («La autoorganización es el primer acto de la revolución; después se convierte en un obstáculo que la revolución tiene que superar»). <http://meeting.communisation.net/archives/meeting-no-3/les-textes-publies-12/article/l-auto-organisation-est-le-premier>.